

La Santísima María, Madre de Dios B/2012

Celebramos hoy el comienzo de un Año Nuevo; no es nada más un año lleno de promesas y expectativas; sino también un año lleno de lo desconocido, porque en nuestra naturaleza humana, no podemos predecir lo que nos pasará mañana o después de mañana.

Todas las lecturas de este primer día del Año nos invitan a comprender que Dios es la fuente de todas las bendiciones que disfrutamos en este mundo. Incluso hoy, Dios sigue bendiciéndonos en su Hijo Jesucristo. Por eso, tenemos que poner todos los acontecimientos de nuestra vida y lo desconocido de nuestro futuro en sus manos de modo que él nos guarde bajo su cuidado durante este Año Nuevo que comenzamos hoy.

La primera lectura del libro de Números nos recuerda cómo los israelitas se bendijeron uno a otro. De hecho, según las recomendaciones de Dios dadas a Moisés, los israelitas se debieron bendecir el uno al otro invocando el nombre de Iahveh sobre el pueblo. En su bendición, oraron por la seguridad, por el favor de Dios y por la paz.

Lo que este texto nos enseña es que Dios es el creador de todo lo que existe. Él es el benefactor de todas las gracias que podemos tener en esta vida. Él es capaz de darnos sus bendiciones de acuerdo a nuestras necesidades. Así como Él lo hizo en el pasado con su pueblo, Él puede hacer lo mismo hoy concediéndonos un futuro prometedor.

La cosa, sin embargo, es que para nosotros cristianos, nuestro futuro está atado con Jesucristo. Es en Él que Dios nos ha bendecido en abundancia y nos ha llamado a la nueva vida en su reino. Como San Pablo dice: “Cuando se cumplió el tiempo, Dios envió a su Hijo, que nació de una mujer, sometido a la ley de Moisés, para dar libertad a los que estábamos bajo esa ley, para que Dios nos recibiera como a hijos”. En él, Dios nos ha también investido con su Espíritu de modo que podamos llamarlo “Abba”, Padre, y hacernos sus herederos.

En ese sentido, Jesús es la medida de nuestra vida y de todo que podemos esperar de Dios. Pero es preciso reflexionar cómo podría ser la vida de Jesús sin referencia a María, su madre, que le dio a luz y lo protegió.

Por eso la Iglesia dedica el comienzo de cada año a María. La Iglesia intenta decirnos de esta manera que así como María protegió a Jesús, nos protege a nosotros también. La Iglesia nos invita a descubrir de nuevo el papel especial de María en la historia de la salvación y en la vida de Jesús. La Iglesia quiere también que nosotros descubramos lo que María puede realizar en nuestra propia vida.

No cabe duda de que María es la madre de Jesús como hombre. Pero como Jesús es Dios y hombre, María recibe el título de “la Madre de Dios”, igual que cualquier mujer merece el título de “la madre de un abogado” o “la madre del presidente de los Estados Unidos”, si su hijo es Él.

Sabemos por experiencia que el papel principal de una madre es preocuparse y proteger a sus hijos. María lo hace con Jesús, así como cualquier madre lo habría hecho. Como discípulos de Jesús, al comienzo del Año Nuevo, podemos también ponernos bajo su cuidado de modo que ella nos proteja. Todo esto encaja en el plan de Dios, porque fue Dios quien hizo a María la madre de Jesús y nuestra madre.

Con esta perspectiva, entendemos por qué el Evangelio nos presenta a María y José en su papel de padres cuando recibieron la visita de los pastores. En primer lugar, el Evangelio dice que una vez que los pastores encontraron al niño Jesús, dieron a conocer a otros lo que los ángeles les habían dicho sobre Él. Entonces, regresaron glorificando y alabando a Dios por lo que habían oído y habían visto. María, para su parte, guardó todo en su corazón y reflexionaba sobre todo lo que pasó. Finalmente, obedientes a la Ley de Dios, María y José llamaron al Niño, Jesús, y dejaron que lo circuncidaran.

¿Qué aprendemos de todo esto? La primera cosa que aprendemos es que Dios se encuentra en los acontecimientos más simples de la vida. De hecho, es asombroso que cuando los ángeles fueron al establo no encontraron ninguna señal especial sobre el niño y sus padres, pero aún así reconocieron en el niño Jesús la realización de la promesa de Dios y volvieron glorificando y alabando Dios.

Esta actitud es completamente diferente a la nuestra: nosotros queremos signos, milagros y pruebas a fin de creer. Los pastores nos enseñan que Dios puede encontrarse en las circunstancias ordinarias de la vida. La fe verdadera no viene necesariamente de milagros y cosas extraordinarias, sino de una aceptación humilde de la palabra que en Jesucristo, Dios está presente entre nosotros.

La segunda cosa que aprendemos es la sumisión a la voluntad de Dios. De hecho, cuando muchas cosas pasaban alrededor de ella sobre su niño, María reflexionaba en su corazón. La reflexión en el corazón es la actitud de la gente que ora y que busca ver en cada acontecimiento de su vida una señal de la voluntad de Dios. Por eso ella ofrece al Señor sus alegrías y sus penas, sus éxitos y sus fracasos, sus expectativas y sus esperanzas en la oración.

A diferencia de María, nosotros nos rendimos con dificultad a la voluntad de Dios. Nos decepcionamos y frustramos fácilmente, y tal vez hasta nos rebelamos contra Dios cuando las cosas no van según nuestro plan o deseo.

Al comienzo de este Año Nuevo, esta declaración nos recuerda que no sabemos lo que Dios tiene en la tienda para nosotros. Muchas cosas nos pasarán, unas buenas y otras malas. Pero necesitamos la fe de María a fin de aceptar con coraje todo lo que nos pasará.

Finalmente, aunque vivamos con la promesa de que Dios nos bendecirá, no sabemos las circunstancias y la forma en que se cumplirá esa promesa. Un verdadero misterio rodea nuestra vida y nuestro futuro. Sólo Dios sabe lo que está antes de nosotros y lo que puede pasarnos en el curso de este Año Nuevo que comenzamos hoy.

Con el ejemplo de María, pongamos todo en las manos de Dios y esperemos su ayuda en el tiempo de la necesidad. ¡Que Jesús, la paz del Padre, esté con ustedes y sus familias! ¡Que la Madre bendita sea nuestra compañera a lo largo de este Año Nuevo que comenzamos hoy! ¡Tengan todo un Feliz Año Nuevo!

Números 6, 22-27; Gálatas 4, 4-7; Lucas 2, 16-21

Fecha de la Homilía: 1ro de enero de 2012
© 2012 – Padre Felicien I. Mbala, PhD., STD
Póngase en contacto: www.mbala.org
El nombre de Documento: 20120101homilia.pdf